

A Lluís FoixJosé Agustín GoytisoloescritorNotas rifeñasI) LA OMNIPRESENCIA DE HASSAN

En la vigente Constitución se define a Marruecos como un Estado árabe integrado en el Gran Maghreb y organizado en una monarquía social, democrática y constitucional. El poder ejecutivo máximo, total, lo ostenta el Sultán, el rey Hassan, que es además el dirigente supremo de los creyentes en el país, su guía espiritual. En el ejecutivo, los ministros acatan siempre sus decisiones.

Hassan controla asimismo el poder legislativo, la cámara de los diputados que, en teoría, deberían controlarle a él. Dos tercios de los parlamentarios son elegidos por sufragio universal, falseado y, como me explican en el Rif, teledirigido; y el otro tercio lo es por voto corporativo, muy fácil de manejar. En cuanto al poder judicial, magistrados y jueces tienen fama de ser muy corruptibles, y los que no lo sean poca independencia pueden tener ante tal acumulación de poder en manos un monarca dictatorial.

Hassan no es nada querido en el Rif, en donde tiene, como en muchos otros lugares de Marruecos, un gran palacio ajardinado y rodeado por una muralla, muy cerca de Nador, palacio por estrenar, pues nunca lo ha ocupado, pero está ahí, me cuentan, por si algún día se decide a venir y habitarlo aunque sólo sea por unas horas. Al Sultán se le reconoce astucia (todos recuerdan como hizo asesinar a Ben-Barka y a Ufkir, y también recuerdan los fusilamientos de Jefes y Oficiales del ejército en Kenitra, que oprobiosamente retransmitió la televisión a todo el país), versatilidad, y agilidad en la toma de decisiones, a veces precipitadas, pues le han traído más de un problema. Su régimen es policiaco, son numerosísimos los miembros de sus servicios de información, sin uniforme, claro, y hay toda una red de soplones a sueldo que cubren cada barrio o kibila.

Todo ésto reduce, por miedo, el marco de libertad de los partidos políticos. Aunque la Constitución garantiza su existencia, el horizonte de actuación de los partidos es muy limitado; incluso

los partidos en teoría de izquierdas, como el Istiqlal, los socialistas y los comunistas, están bien sujetos: son la "oposición a su Majestad", acongojados por la dictadura nacionalista de Hassan y su poder como dirigente espiritual. En la fachada de una sede del Istiqlal puede leerse este eslogan: LA ILLAH ILLA AL-LAH (No hay más Dios que Alá). La cosa es seria. Hassan se muestra como el primer creyente, hace guardar y guarda celosamente las leyes islámicas, el Ramadán se cumple a rajatabla. Pero por otro lado no tolera, y frena y reprime la oleada fundamentalista que ya ha inundado la vecina y empobrecida Argelia.

El nacionalismo y el islamismo de Hassan, por lo pragmático, no sólo no impide, sino que propicia que Estados Unidos y Francia vean en él un aliado fiel: cede bases militares, favorece la inversión de capitales, crea puertos franceses y polos de desarrollo ventajosos para las multinacionales, alienta y participa él mismo o su familia en la creación de sociedades mixtas... Pero estas medidas se ven frenadas por las insuficientes infraestructuras del país, sobre todo en transportes y comunicaciones, que funcionan muy mal. También escasean técnicos marroquíes cualificados, directivos y especialistas.

El turismo es una buena fuente de ingresos, y se ha desarrollado notablemente, pero queda muchísimo por hacer. De todos modos, miles de europeos y americanos se vuelcan sobre un hermoso país que, además de ofrecerles ciudades y lugares, para ellos exóticos, tiene una población amable y acogedora. Bajarse al moro, como dicen las y los jovencitos cavernosos en Madrid, es una moda que va a durar, y eso es bueno, pues un país cerrado impide toda evolución económica y política, y Marruecos necesita y desea, aunque calle, la evolución.

Hay paro, mucho paro. También lo hay en España, pero en Marruecos es muchísimo peor, y la solución de emigrar a Europa se ha vuelto imposible. Lo peor son las expulsiones, las repatriaciones forzadas como las que practica España. Y encerrados en sus fronteras, muchísimos marroquíes malviven de pequeños apaños y de infinitas y variadísimas prestaciones de increíbles servicios; casi todo es economía sumergida; existe la mendicidad, pero el espectáculo de gentes famélicas no lo he visto, quizás porque el hambre ajena no se percibe. En el Rif viven muchas personas del contrabando, ese sí visible y más o

menos tolerado por la corrupción de la policía, y se vive también de las plantaciones de cannabis sativa y de la exportación clandestina de hachís.

Los aciertos internacionales de Hassan, que los ha tenido, aunque siempre bajo la sombra protectora de norteamericanos y franceses y a los que sirve dócilmente -fue el primer país árabe en enviar un contingente de soldados, unos mil seiscientos, a Arabia Saudí, para reforzar su frontera con el invadido Kuwait- se contrabalancean con sus fracasos: la República Árabe Saharaui Democrática -el Frente Polisario, para entendernos- ha sido reconocido por la Asamblea General de las Naciones Unidas y le ha impuesto un referendum en la zona, basado en el censo de habitantes realizado por España antes de la marcha verde; también la OEA, Organización de Estado Africanos, ha reconocido a la RASD como miembro o Estado soberano. Naturalmente Hassan intenta hacer pasar por saharauis a la gente que sea, y eso no lo admite el Polisario: el estira y afloja de las conversaciones en Ginebra va para largo. Hassan gastó y gasta en esa guerra más de lo que podía en principio imaginar, y no quiere hacer el papelón.

Tiene también pendiente el contencioso con España sobre los enclaves de Ceuta y Melilla. Hay quien opina, en España, que durarán lo que dure la ocupación británica de Gibraltar; otros, tanto en España como en Marruecos, creen que ambas situaciones son problemas independientes que, lógicamente, no dependen uno de otro; y hay también listillos que dicen que Ceuta y Melilla son bazas de Hassan para chalanejar jugando con el problema pesquero o solicitar ayudas económicas. Pero lo cierto es que la población marroquí siente como parte de su territorio esos enclaves, cuya recuperación reivindica permanentemente. Sobre la solución caben muchísimas conjeturas.

*artículo*  
Mientras tomaba notas para este escrito, leí en una ladera pellada, junto a la carretera, un escrito en letras enormes formado por piedras encaladas: AL-LAH AL-WATAN AL-MALIK (Dios, Patria, Rey), y la memoria de su similitud con otro eslogan carlista durante y después de la última, espero, guerra civil española, me produjo un escalofrío, qué quieren que les diga.

Notas rifeñas

José Agustín Goyriord  
escritor

II) LOS INMIGRANTES MARROQUÍS

De los contenciosos que los gobiernos de Marruecos y España mantienen y que son, entre otros, Ceuta y Melilla, los pesqueros españoles que se meten donde no debieran, el papel a jugar con el censo español que se esgrime en la descolonización del Sahara, y la situación de los inmigrantes marroquíes en España, es este último el más candente y cruel, puesto que afecta a muchos miles de marroquíes.

La angustiosa condición de los trabajadores marroquíes en nuestro país, puerta de entrada a Europa, se agrava día a día, y no se advina cómo, de qué manera y cuando pueda resolverse. Hace años hubo cierta permisividad o tolerancia española, nunca muy clara, hacia los inmigrantes de Marruecos que buscaban trabajo fuera de los dominios del monarca alauita, pues allí no lo tenían: aquí eran mirados con rareza, al principio, pero pronto se vió que eran buenos trabajadores, que aceptaban las tareas más duras, difíciles y peor pagadas. Empresas y patronos españoles empezaron a mirarlos con buenos ojos, pues eran mano de obra rentable, cobraban poco, no se les daba de alta en la seguridad social, y vivían austeramente, por no decir miserablemente, hacinados en barracones, en casas abandonadas e insalubres, durmiendo en chabolas bajo los puentes e incluso a la intemperie.

Muchos de ellos pasaban sólo un tiempo en España, para seguir después a otros países donde eran mejor pagados, sobre todo hacia Francia y también Bélgica, por razones idiomáticas además. Pero últimamente, al endurecerse la política de la Europa Comunitaria en cuestiones de inmigración, y al reforzarse los controles de vigilancia en la frontera francesa, se quedan más en España, o se quedaban hasta hace poco, en Andalucía, Valencia, Cataluña y también en Madrid.

Algunos traían los papeles en regla, los menos, y otros se colaban y eran considerados "ilegales" aunque trajeran pasaporte, pues

carecían de visado o de permiso de residencia o bien de ambos papeles, o traían un falso visado de turistas. Otros llegaban a pelo, como quien dice, sin papel alguno y sin pasaporte, transportados clandestinamente hasta la costa española en barcas, lanchas, botes o cualquier artilugio que flotara.

El riesgo que corrían y aún corren es gravísimo, y ha costado muchas vidas: su hundían las barcazas o chalupas, chocaban contra algún arrecife y se encallaban o volcaban: cientos de cadáveres de ahogados han llegado flotando hasta las playas de Cádiz y Málaga.

Los que no se ahogaban y conseguían no ser apresados por las patrulleras guardacostas o por las lanchas rápidas de la Guardia Civil, se dirigían y dirigen como pueden a lugares en donde saben que trabaja algún pariente o amigo, o si no vagan hacia Málaga o Almería - a El Egido, claro- en sus primeras etapas, y aceptan cualquier trabajo.

Hay otros, sin embargo, que no se dejan "embarcar" en el sucio, caro y peligroso cruce del Estrecho, y consiguen llegar como polizones en transbordadores y cargueros, o mediante el soborno a lado y lado; hay una red de traficantes de mano de obra semi-esclava con sede en Tánger, que por unas 80.000 pesetas les proporciona una contraseña válida en Marruecos y en España: una señal especial en el pasaporte, un periódico abierto en determinada página que han de mostrar visiblemente, cierto modo de llevar una cazadora negra, de cuero o plástico, un gorro de lana de determinado color, y puesto de determinada forma... Esta determinada contraseña les abre el camino de España.

La reciente política restrictiva sobre inmigración de la Comunidad Europea, en su <sup>también</sup> reciente reunión en Dublín, ha endurecido aún más la cuestión, y ha arrastrado al gobierno español a promulgar la Ley de Extranjería, que adjudica a España el papel de gendarme en el suroeste del continente.

La oleada de xenofobia ya desatada en Europa ha despertado los nunca apagados resquicios de intolerancia y de racismo en nuestro país: los inmigrantes marroquíes ya no son considerados, en variados y no pocos sectores de la población, como pacíficos, simpáticos y laboriosos "moritos", sino como maleantes, infieles, drogadictos y

camellos, vagos y maleantes "morazos" que corrompen con la venta de drogas a nuestra inocente juventud y que violan o chulean a "nuestras mujeres": hay que echarlos, expulsarlos, como en una nueva Reconquista.

He visto a los que llegaban, expulsados de España, de regreso: los habían conducido hasta Algeciras en autocares carcelarios, sin ventanas y hacinados como ganado, y una vez en Ceuta, fueron entregados a la policía marroquí, que los dejó partir, sin ayuda ninguna; y cada uno a su cabila o ciudad, a sus pobres hogares de los que salieron para matarse a trabajar y encima para enviar lo poco que podían ahorrar a sus familias. No entienden lo que les ha pasado: "Trabajábamos duro, señor, y no le quitamos un puesto de trabajo a ningún español, eran faenas que ellos no querían hacer." Los más desengañados son precisamente los rifeños, pues chapurreaban castellano, residuo de la desafortunada y catastrófica guerra del Rif, y de lo que fue el "Protectorado Español de Marruecos".

Avergüenza y duele su situación, y más todavía la increíble perdida de memoria de muchos españoles que, en los años sesenta, vieron a miles y miles de sus compatriotas más pobres partir, casi con lo puesto, hacia Francia, Suiza, Alemania, Holanda, Bélgica o Dinamarca: las mismas caras de angustia ante su incierto porvenir. También trabajaron duro, y ahorraron, pero los que han vuelto ha sido por su propia voluntad, no como expulsados.

Amar a un país, a un pueblo, es amar a su gente y no extasiarse ante sus ciudades -Fez, Mequinez, Marrakech-, sus monumentos o sus paisajes. Todos los marroquíes que he tratado, rifeños o no, me han dado muestras de su hospitalidad, de su educación y de su simpatía. Y esto no tiene que ver con que no me guste absolutamente nada ni el régimen político ni la situación económica y cultural que estos hombres y mujeres soportan, situación que quisiera y les deseo que termine lo antes posible, si ellos así lo deciden y son capaces de hacerla cambiar; pero no para ir para atrás, como en la vecina y empobrecida Argelia fundamentalista.